

# ¿ OTRO IGNACIO DE LOYOLA ?

*Ya anciano, Ignacio de Loyola quiso encargarse del cuidado de la salud de los de la casa, y con frecuencia visitaba a los enfermos, para los que siempre tenía tiempo. En las Constituciones dejó establecido que, si fuese necesario, se vendiesen los cálices para poder atender convenientemente a los enfermos.*

por  
**JOSE ANTONIO  
SOJO, S. J.**

DE SAN IGNACIO DE LOYOLA hay muchos, aun entre los católicos, que tienen una imagen más o menos fija y por cierto no siempre exacta. De él se dice con frecuencia que era un genio organizador, una voluntad férrea, un hábil político. Hay quienes exagerando rasgos hasta lo inverosímil nos presentan un San Ignacio adusto, sombrío, misterioso, calculador, insensible a los afectos, rígido y frío. Ignacio no es un padre que se regocije o entristezca con los suyos; en él la cabeza domina y somete extrañamente el corazón.

Estas anécdotas históricas de la vida de San Ignacio tienden precisamente a poner de relieve las facetas que muchos biógrafos han dejado en la oscuridad. Para acercarse a un Santo no basta la ciencia ni el talento literario, hace falta el calor humano y la simpatía divina, ya que como bien dijo de Ignacio uno de los que mejor y más cabalmente han escrito de él: "Sin la inteligencia del teólogo, de la teología, de la mística y del amor a la Iglesia del Santo, que hicieron se entregara totalmente a ella, la exposición aun históricamente más segura de Ignacio es y permanecerá enigmática y fría como una máscara mortuoria" (H. Rahner).

## EL NOVICIO TENTADO

Era ya Ignacio anciano y el gobierno de la Compañía resultaba para él una carga en extremo penosa y agobiante. Quiso siempre, a pesar de todo encargarse del cuidado de la salud de los de la casa y con frecuencia visitaba los enfermos. Para ellos siempre tenía tiempo y no pocas ve-

ces se le vio tomar la escoba, barrer la pieza y arreglar sábanas y frazadas. Nunca venía a verlos con las manos vacías. Algunas veces eran flores, otras racimos de uva; cualquier cosa con tal de alegrarlos y consolarlos. Dejó establecido en las Constituciones que si era necesario se vendiesen los cálices para poder atender convenientemente a los enfermos. Un día en una de sus visitas a la enfermería tropieza con un novicio que llevaba sólo unos pocos meses en la casa de Roma. Al verlo, Ignacio se da cuenta que esa alma juvenil es presa de la melancolía y que el pobre novicio lucha tenazmente por no ser infiel a su vocación. Imágenes de luz, de brillo, de alegría, en un contraste amargo con el silencio de la casa y sobre todo la vida bajo otro clima y en otra tierra. Ignacio le habla; como sabe hacerlo, a lo padre y luego bromeando le baila uno de esos antiguos bailes regionales de su patria vascongada. No se qué habría pensado algún alto personaje de la corte romana si en ese preciso instante hubiese entrado en la pieza y hubiese visto al General de la Compañía bailando; pero sí se lo que pensaba de ello Cristo, por cuyo amor lo hacía y ese novicio ganado para siempre a la bondad y a la ternura de su padre Ignacio...

## BALCON ABIERTO

Noche calurosa de verano en la Ciudad Eterna. Vacías y muertas están las plazas y un silencio total reina en las calles.

En la casa generalicia hay aún luz. Ignacio, el incansable, no se ha retirado y

contesta con su letra de rasgos menudos el voluminoso correo que se amontona casi a diario sobre su mesa de trabajo.

Muchos informes le han llegado aquel día y con ellos muchas preocupaciones y disgustos. La obra de Dios es retardada e impedida sobre la tierra por la mala voluntad de los hombres. Cálculos mezquinos e intereses egoístas se oponen por doquier. Ignacio siente tristeza y cansancio. ¡Si los hombres supiesen cómo estorbaban a Dios! Por momentos el desaliento quiere apoderarse de sus energías. El cansancio del día se acumula. Ignacio se levanta, deja la pluma y sale al balcón. No mira la ciudad dormida sino el bello cielo de Roma tachonado de estrellas. En esa contemplación su alma descansa y cobra nuevas fuerzas. ¡Qué luminoso júbilo de estrellas! Y el santo cae de rodillas mientras murmura: ¡Oh, cómo me hastía la tierra cuando contemplo el cielo!"...

#### CARTAS DE LA INDIA

Dios había pedido el sacrificio de esa santa amistad. Una última mirada, un abrazo estrecho e Ignacio despedía a Francisco Javier para la lejana aventura.

Duro era para Ignacio perder al amigo más fiel, al confidente de sus más íntimos momentos, al hombre útil para estar a su lado, porque podía confiar entera y totalmente en él. Sin embargo lo pedía la

causa de la Iglesia que es la causa de Dios. Francisco era llamado para ser otro Pablo, otro apóstol de las gentes; en Roma otros podrían mal o bien, reemplazarlo, pero en esa difícil empresa de la India hacía falta un hombre del temple y de la santidad de Javier.

La distancia no ha puesto fin a esa recia y varonil amistad. Ignacio piensa a menudo en su amigo y compañero. Lo conoció y trató como estudiante en la Universidad de París. Fue, según decía después riendo: "la plaza que más le costó tomar", pues Javier resistió el asedio durante varios años. Luego fue la entrega total y definitiva a una causa común.

Entre sus manos tiene una carta recién llegada de la India escrita por Javier. En ella el amigo lejano le da cuenta del avance del reino de Cristo y de sus proyectos de ir ahora hasta el Japón para llevar a esas islas la luz del Evangelio y luego acometer la audaz empresa de penetrar en China. E Ignacio el fuerte, Ignacio el duro, Ignacio el enemigo de las exageraciones y los superlativos, Ignacio el frío e insensible, toma la pluma y le contesta: "Sólo con lágrimas pude leer sus palabras y con lágrimas ahora le escribo"... para luego terminar la carta con esta frase que retrata el alma de Ignacio mejor que muchos discursos y largas disertaciones: "Todo vuestro, sin poderme jamás, en tiempo a'guno, olvidarme de vos"...

# café

# INSTANTANEO

# LA MORENITA